





ENRIQUE PLATA

LA COLMENA •

LA ABEJA EN

• GABRIELA BALLESTEROS

Sospechosamente suya

ERA DIFÍCIL PARA ELLA comenzar desde el principio, así que comenzó desde el final. Pero tampoco funcionó. Era como si no supiera en realidad lo que deseaba decir, aunque la cuestión estaba clara: ya no quería estar ahí. De pronto se sentía sospechosamente suya y no de él, sospechosamente feliz sin las presiones de tanto amor recuperado. Daba vueltas y vueltas al asunto. Daniela daba vueltas alrededor de la habitación como si no tuviera deseos de salir de ella o simplemente dar vuelta al seguro para que él no volviera a entrar. Era tan sencillo como colocar un letrero fuera donde dijera que no deseaba la visita específica de ese hombre.

Daba vueltas y vueltas alrededor de la cama; miraba con cierta nostalgia todos los objetos que la rodeaban. En alguna de tantas vueltas, Daniela llegó a sentir, incluso, un amor impetuoso que la obligaba a desear con fervor la permanencia en aquel sitio. Y era entonces cuando el pasado se le volcaba encima como marejada de recuerdos. Recordaba todo a la perfección.

Había llegado ahí después de un largo tránsito del mundo de la vigilia al mundo del sueño. Sí, lo recordaba con lujo de detalles. Las instrucciones que él le había dado eran claras y precisas. Bien claras y bien precisas, como claro y preciso era el desinterés que él sentía por todas las cosas sencillas y fáciles. Daniela recordaba las instrucciones: "Verás un corredor con mosaicos blancos y negros en forma de ajedrez. No te emociones sin antes estar segura



MARENGLA LEÓN

de que tu movimiento será el preciso, porque podría ser que te hicieran jaque en la primer andada por mi mundo. Al fondo verás una puerta. No confíes en ella, que seguramente te conducirá al olvido. No te obsesiones tratando de abrirla, que mientras más me busques o me llames, menos probable será que me encuentres. Al permanecer tranquila, es probable que se abra, hacia tu derecha, una puerta oculta. Entra y llegarás al jardín en donde yo te estaré esperando”.

La verdad es que al principio Daniela pensó que él estaba loco de remate. Luego sintió miedo, y este miedo fue el que la motivó a sentir curiosidad. Fue de esta manera, por curiosidad, que ella comenzó el tránsito de la vigilia de su vida al sopor de irrealidades que él le ofrecía. Llegó al lugar que él le había descrito tan específicamente y siguió paso a paso las instrucciones. Esa noche la pasaron juntos a pesar de la distancia real que los dividía. Luego esa distancia se volvería acaso menor y, sin embargo, infinita.

La habitación era grande, muy grande. Daniela tenía que brindarle muchos cuidados a solas, porque él casi nunca estaba con ella. Por ejemplo, la cama, grande y cómoda, extrañaba el peso de los dos cuerpos, así que Daniela inventó un mecanismo mediante el cual parecía que el otro cuerpo se hallaba tendido al lado de ella, incluso lo abrazaba y lo movía a lo largo de la noche, de tal suerte que pareciera que una persona de carne y hueso dormía y se movía de un lado a otro. Esto de destender la cama para que pareciera que él había dormido en ella no era lo más difícil de todo el asunto. Las lámparas de noche son perspicaces, y saben de las personas que leen y aquello que

conversan, así que Daniela tuvo que inventar la manera de engañarlas y hacer que creyeran que él estaba con ella. Esto fue más difícil, porque tuvo que arreglárselas para inventar un juego en el cual ella tenía que hacer los dos papeles, el de ella y el que le correspondería a él. Se trataba de conversar, abrazarse, leerse poemas, acariciarse la espalda y las piernas, juntar los sexos y hacer labores tan cotidianas como beber café, salir a pasear, hablar de los vecinos o mirar la tele y charlar durante los comerciales. Era entonces cuando Daniela se daba a la tarea de hacer muchos montoncitos de papeles y libretas y libros y revistas (él era escritor); los leía y a veces tomaba un poco de café, se ponía los lentes de pasta para leer y se tumbaba en la cama abrazando al muñeco que lo representaba a él, se ponía a hablar de lo mucho que lo quería y de cuánto lo había extrañado por la mañana y parte de la tarde cuando ambos trabajaban: "Te mandó saludos el gerente, decía, y me han aumentado el sueldo... Debo de trabajar más, claro, pero está bien porque estoy pensando en que cambiemos los muebles... ¿Te gustarían rústicos? Yo preferiría, sinceramente, algo más cómodo y menos ortodoxo... Claro que es ortodoxo: ¡están de moda! Para ser originales, no deberíamos tener muebles ni ropa ni cuerpos... No. Cuerpos sí, porque a mí me gusta perderme entre tus piernas y sobre tu espalda..." Y entonces se enroscaba en el muñeco y lo besaba para después tomarlo de la mano y descansar hasta la mañana siguiente.

Ciertamente algunas veces él estaba en el cuartucho por algún tiempo. Era cuando regresaba —agotadísimo— de sus viajes al mundo de afuera, al mundo "real", como él lo llamaba. En aquel mundo él tenía que ser el hombre de negocios y el escritor y el sabelotodo y el maestro y el perfecto. Daniela era un lujo más, como los libros, los cortes de seda, los periódicos, las colecciones de pinturas, los autos y los amigos que él guardaba en vitrinas dentro del cuarto.

Varias veces ella le pidió que la llevara, pero él nunca quiso. Decía que esas cosas no eran para ella, que se agotaría y que además nunca las entendería.

Cuando él regresaba de sus jornadas de trabajo, Daniela se esmeraba en preparar una cena adecuada, en acicalarse para que él la viera hermosa, en ordenar alrededor de la habitación una serie de objetos que le había inventado en su ausencia: una ternura por allá, alguna caricia del otro lado, dos o tres reclamos, varias ideas sobre el futuro de ambos juntos y un sin fin de extrañamientos, suspiros, deseos insatisfechos que deseaba satisfacer con él.

Generalmente él no veía nada de eso y los desaparecía con la estúpida actitud de la realidad que traía aún a cuestas del mundo de afuera, del mundo "real". Entonces llenaba la habitación con cosas novedosas y extrañas, pesadas como el plomo, y la habitación parecía hundirse, desintegrarse

como si se rasgara una tela delicada. Los empeños que Daniela había puesto en el arreglo propio eran destruidos con comentarios sarcásticos sobre su exceso de peso (el cual era falso y, en caso de que existiera, era menor que aquel que él cargaba consigo a todas partes), la ridícula pequeñez de su falda o el inadecuado corte de cabello que en aquella ocasión Daniela llevaba. Luego vaciaba el saco que llevaba consigo al mundo de afuera y sacaba de él religiones, políticas, economías, historias verdaderas y verídicas sobre asesinatos y guerras y conflictos mundiales, un par de programas de incremento a la economía personal y dos o tres novedades supuestamente filosóficas, autosuperación, engaños de las comunicaciones internacionales y tres o cuatro días de inagotable obsesión por desobsesionarse de Daniela. Él no quería recordarla mucho, no le gustaba recordarla.

Se quedaba algunos días y se marchaba otra temporada. En una de tantas veces en las que Daniela se vio sola en aquel lugar, sintió curiosidad por salir y ver el mundo de afuera. Pero sucedió que se equivocó de mundo y cayó en otro que no era el real-real, sino otro diferente al que ella conocía: la libertad. Fue entonces cuando descubrió que había personas que podían estar con ella, lo que implicaba que podría dejar de trabajar doble cada vez que estuviera en su cuarto, claro, si esas personas fueran él o si él fuera como esas personas.

Después de esas visitas al mundo de afuera, y quizá porque él se dio cuenta de algunas variaciones en las rutinas de Daniela, fue que entraron en el saco de viaje que él siempre llevaba consigo los celos, la ira y la brutalidad racionalizada. Comenzaron los chantajes, las indirectas y los infinitos mecanismos que conocen algunas personas para hacer sentir mal a Daniela.

Pero ella no hacía nada en contra de todo esto, al contrario, le provocaban tanta curiosidad esos objetos que se pasaba algunas tardes tratando de comprender cómo era que ella nunca los había visto y porqué eran, justamente esas cosas que ella no veía, las que a él llamaban tanto la atención. Sin embargo, una tarde comprendió que debía quejarse: "Debí haber sido diferente, así por lo menos no hubiera tenido tantas ideas para mejorar esta habitación tan grande... Debí haber nacido en otro mundo, de esa manera no tendría que soportar estas realidades contrariadas... Si él me hubiera dicho que no estaría, no hubiera venido a vivir aquí... ¿Por qué sigo aquí si no hay con quién hablar...?" Pero de nada valía que se quejara, porque él nunca escuchaba dichas quejas; y si alguna vez las escuchó, no le importaron. Él no veía las mismas cosas que ella veía, para él la realidad era otra diferente a la que tenía enfrente.

A Daniela le parecía bastante extraño todo esto del cuarto, del tránsito de la vigilia al sueño, de los viajes continuos de él al mundo de afuera, de su soledad en ese espacio pensado y rentado supuestamente para ambos. Era bastante extraño que ahora que estaban en un mismo cuarto no se vieran.

Pensaba todo esto y la manera de hablarlo con él para

llegar a un acuerdo justo, cuando el terrible teléfono de la realidad sonó estruendosamente. Ella contestó, era él, la dejaba porque ella estaba un poco más que loca y era poco más que inmadura. Daniela no supo si llorar de rabia o de tristeza. Semanas más tarde, aún en aquel espacio de alteridad, ella lo llamó desde el mismo teléfono de la realidad y le preguntó si aún la amaba, si aún la extrañaba tanto como ella lo extrañaba y deseaba todo el tiempo. No. Él ya no la extrañaba ni la amaba ni la deseaba. Y él agregó: "No te preocupes por mandarme mis cosas, ya las he sacado desde antes. Puedes quedarte en el cuarto si quieres, tal vez algún día te pase a visitar". Entonces Daniela se supo realmente sola. Colgó el teléfono y se sentó sobre la media cama que quedaba, miró el medio espejo mostrando su cara entera, bebió en la taza a medias de café y leyó un libro partido por mitad, buscó el amor y lo encontró marchito y carcomido, cansado por haberse fingido entero. Algunos días después, Daniela salió a la calle. Se sentía muerta y sola: solos y muertos la siguieron.

Y ahora Daniela está nuevamente ahí, en el desvencijado cuarto de su amor con ese hombre. Él está con ella y ella no sabe cómo decirle que se quiere ir, que quiere verlo salir por la puerta del olvido y el adiós definitivo. No entiende la presencia constante de ese hombre que gustaba de los viajes al mundo de afuera. Daniela no lo entiende. Le parece sospechosamente extraño y absurdo. Y no puede correrlo ni olvidarlo ni dejarlo de ver porque él está sospechosamente presente, sospechosamente a su lado, sospechosamente enamorado y suyo. Además, Daniela está molesta, porque él no sabe hacer los montoncitos de libretas, periódicos, revistas y libros; tampoco sabe destender la cama ni abrazarla como ella se abrazaba a su muñeco antes; él es incapaz de jugar a ver la tele y charlar, no sabe acariciarla ni besar su espalda como tantas veces su espalda fue besada por su inigualable compañero de ficciones reales; tampoco sabe lo que significa niebla ni canto ni poesía ni prosa ni drama escritos en el sexo... Él no sabe nada de lo que Daniela sabía cuando estaba sola en el cuarto.

Además, a Daniela le molesta lidiar con las cosas nuevas: ese matrimonio detestable que cuelga sobre la cabecera no le gusta, tampoco esa fidelidad puritana, mucho menos esas toneladas de adrenalina física. Daniela siente cansancio, porque ella es un ser acostumbrado al reposo. Daniela detesta los celos que él tiene como sonrisa, y tampoco le gustan las cosas estables que él promete... Qué inconstancia la de este hombre, ¿qué no podría haberse ido para siempre? ¿Qué no pudo haberse quedado por siempre ausente como antes? No, tenía que volver diferente y "para siempre". ¿Para siempre? ¿Qué es siempre?, se pregunta Daniela. Y da vueltas porque se siente sospechosamente suya y no de él, da vueltas porque no le gusta que él se quede a su lado mucho tiempo, y da vueltas porque él está ahí, sospechosamente presente, sospechosamente amoroso, sospechosamente irreal, sospechosamente suyo... LC



MARENGLA LEÓN